

Por Harri X. Fernández

Hayao Miyazaki (Tokio, 1941) y Isao Takahata (1935-2018) se conocieron en 1963. Fue en una parada del autobús que se dirigía a Nerima (Tokio), en un día lluvioso. Miyazaki tenía 22 años; Takahata, 27. Trabajaban para el estudio Toei y labraron su amistad en la lucha sindical. En el elogio fúnebre de Takahata, Miyazaki afirmó que jamás olvidaría esa primera vez bajo la lluvia. La anécdota evoca la escena icónica de *Mi vecino Totoro* en la que Mei, Satsuki y el troll esperan al Gatobus bajo el aguacero.

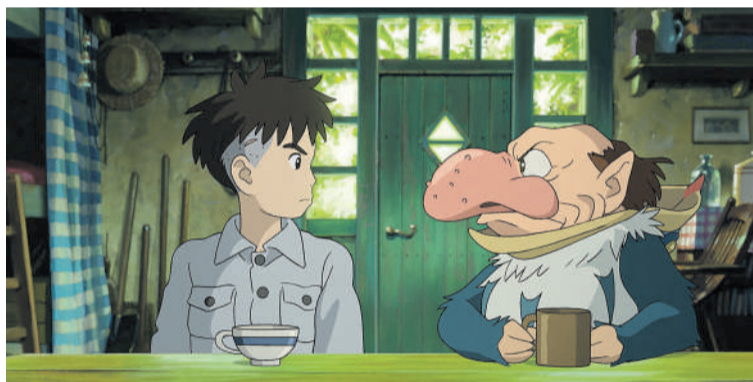
Ghibli nació en 1985, como síntesis de la voluntad de sus fundadores de cambiar la precaria manera de hacer en la animación japonesa y de apostar por producciones largas que elevasen el medio. Antes, Takahata dirigió -sin mucho éxito- *Hols, el príncipe del sol* (1968), en la que quiso demostrar que el anime podía ser vanguardista. Huyendo de Toei, pasaron por otros sellos antes de tomar las riendas de su trabajo. Para ello fue determinante *Nausicaä del valle del viento*, de 1983, considerado un proto largometraje de Ghibli. Miyazaki reunió a un equipo, con un peso destacado de Takahata, al principio como director de animación y, finalmente, como productor; ambos colaborarían intercambiándose roles de obra en obra. También se sumó al equipo como productor el que sería el tercer pilar del estudio, Toshio Suzuki (1949), entonces editor de la revista *Animage*.

La evocación del elogio fúnebre gana aún más sentido si se recuerda que *Mi vecino Totoro* fue pensada para compartir programa doble con la que es la primera gran obra de Takahata, la descorazonadora *La tumba de las luciérnagas* (1988), centrada en la pobreza de la sociedad japonesa durante la Segunda Guerra



Miyazaki y Takahata en los tiempos de la formación de Ghibli.

Ghibli bajo la lluvia



The Boy and the Heron (El chico y la garza).

STUDIO GHIBLI

Mundial, y enfilada con obras como *Hiroshima* (1983), de Mori Masaki. El díptico no compartía público, pero sí ciertos elementos: la ausencia y la pérdida y el tema determinante del

estudio, el paso a la madurez. Pero Takahata, además, destacó por el tratamiento de otras cuestiones: la desaparición del Japón rural, por ejemplo, en la comedia *Pompoko*

(1994), o el cuestionamiento de la familia tradicional en la divertidísima *Mis vecinos los Yamada* (1999); dos películas con las que su autor abrazó a la animación digital. Otra vez, en la vanguardia.

Pese a todo, Takahata siempre vivió a la sombra de Miyazaki. Puede deberse al tratamiento de sus películas o a su exigua filmografía. Existían diferencias: mientras Miyazaki sintetizaba la cultura japonesa con la literatura centroeuropea, el responsable de *Recuerdos del ayer* (1991) -un exitoso drama con ecos conscientes a Ozu y Naruse- apostaba por un costumbrismo que mirase al público interno del país. Su última película, con la que estuvo nominado al Óscar, fue, de hecho, un acerca-

miento a la tradición local, *El cuento de la princesa Kaguya* (2013), de excelente factura y belleza estética.

En los noventa Ghibli rompió sus fronteras al conseguir un acuerdo de distribución internacional con Disney y, casi de forma involuntaria, inició algo que se asemejaba a un relevo. Sin supervisión de sus superiores, Tomomi Muchizuki elaboró *Puedo escuchar el mar* (1993), la primera película del estudio para la televisión. Posteriormente, Yoshifumi Kondo se encargó del drama adolescente *Susurros del corazón* (1995). Considerado por Miyazaki como su heredero, falleció poco después de terminarla por exceso de trabajo, algo que afectó mucho a su mentor, que en las última dos décadas intentó aupar a otra promesa, Hiromasa Yonebayashi, autor de *Arriety y el mundo de los diminutos* (2010) y *El recuerdo de Marnie* (2014); finalmente este, junto a otros animadores, ha acabado fundando su propio sello, el estudio Ponoc, con aparente intención de que el espíritu de Ghibli no se apague. De hecho, la pregunta es: ¿Sobrevivirá Ghibli a sus fundadores?

Toshio Suzuki ha tomado bajo su ala al hijo mayor de Miyazaki, Goro, al que encargó la adaptación de *Cuentos de Terramar* (2006), causando un cisma en el estudio y también en la relación paternofamiliar. El río pareció volver a su cauce, dado que padre e hijo colaboraron, el primero al guion y el segundo a la dirección, en *La colina de las amapolas* (2011), pero los posteriores trabajos de Goro, *Ronja, la hija del bandolero* (2014) y *Earwing y la bruja* (2020), ambos desarrollados además en animación 3D, están lejos de la excelencia que se presupone a Ghibli. Tras 25 años anunciando cada cierto tiempo su marcha, ahora Hayao Miyazaki dice que no se retira. Quizá espere a que amaine el temporal.

Beatriz Martínez



LA PRINCESA MONONOKE
(1997)

Cumbre de orfebrería estilística, más barroca que en otras ocasiones. Con ella accedió por primera vez al mercado norteamericano y es su película más visceral, cruda y sanguinaria. También supuso un hito para considerar la animación como un género noble, un arte elevado. Tanto a nivel artístico como técnico resulta una cima, tanto es así que el autor tardó 20 años en desarrollarla. Su carácter apocalíptico la entronca con *Nausicaä*, completándola y dándole una mayor espesura oscura, críptica y épica.



EL VIAJE DE CHIHIRO
(2001)

El primer film de animación en ganar en un festival del calibre de Berlín. En él aparece lo mejor de su autor porque, más allá de sus interpretaciones conceptuales, funciona por su prodigiosa caligrafía, reinención narrativa constante, imaginación sin límites, creación de personajes icónicos (Yubaba, Haku, el bebé gigante, Sin Cara, el dios pestilente), su lirismo, emoción y corazón. Sus imágenes son acompañadas de una de las partituras más hermosas jamás compuestas por el maestro Joe Hisahishi.



EL CASTILLO AMBULANTE
(2004)

Surgió en el máximo apogeo de su producción y generó un universo que incluso ahora sirve de reclamo de la marca de lujo Loewe en creaciones exclusivas. Explora temas como la vejez, que adquiere un carácter fundamental constituyéndose casi como una obra crepuscular. Pero lo que en ella domina es la imaginación desbordante, un poco excesiva y rococó que se configura como el último gran despliegue del maestro de la animación en su máximo esplendor, por todo lo alto y haciendo exhibición a lo grande.



PONYO, EN EL ACANTILADO
(2008)

Después de la ambiciosa aventura precedente, Miyazaki volvió a sus orígenes, al trazo más minimalista. Y, a veces, menos, es más. Daba igual las hazañas que el director hubiera conseguido, porque con *Ponyo en el acantilado* consiguió volver a enamorar al público infantil igual que al adulto. El trazo de la película es más elemental y artesano, y su núcleo argumental resulta menos abigarrado. El cineasta compone una preciosa fábula en torno a un relato infantil que bebe de la historia de *La sirenita*.



EL VIENTO SE LEVANTA
(2013)

Quizás su película más autobiográfica y también la más alejada de la fantasía. Hasta el momento había sido su última película estrenada, pero surgió *El niño y la garza*... De modo que parecía la despedida definitiva del maestro. En ella quiso realizar un homenaje a uno de los genios de la aviación japonesa, el ingeniero Jiro Hirokoshi, pero en realidad, la película, de carácter histórico, no deja de ser una especie fabuladora de estirpe rotundamente clásica alrededor de sus obsesiones más íntimas.